

SANS SOLEIL

EL CINE COMO POSTAL DE VIAJE

Director: Chris Marker.

Intérpretes: Florence Delay (Narrador version francesa), Arielle Dombasle.

Productor: Anatole Dauman.

Guión: Chris Marker.

Fotografía: Wedigo von Schultendorff.

Montaje: Chris Marker.

Música: Michel Krasna.

País: Francia.

Año de producción: 1983.

Duración: 100 min.

Una característica forma de entender el cine

Chris Marker es un autor desconocido para la mayor parte del público. Al menos para el público más general, no muy relacionado con el cine documental o el cine de experimentación, arte y ensayo o cualquiera de sus múltiples acepciones. El director francés es un personaje enigmático, además de por su concepción del cine, por lo difuso de su biografía, cargada de elementos ficticios o borrosos que él mismo se encarga de inventar en muchas de las entrevistas a las que ha tenido que hacer frente. En este aspecto se suele hacer referencia a la anécdota que protagoniza cada vez que le piden una fotografía para ilustrar algún artículo sobre su figura y él manda la foto de su gato.

Su carrera comenzó en los años cincuenta, y durante toda su filmografía sólo podemos encontrar una película típicamente narrativa y dramática: La Jetée (1962), con la que consiguió cierta relevancia en el panorama cinematográfico. El resto de su cine vaga entre el documental más al uso y un tipo de cine más de tipo filosófico sobre el mismo concepto del cine, un cine cargado de experimentación. No es de extrañar por lo tanto la también prolífica carrera del director como escritor y ensayista, con algunos trabajos especializados en figuras tan importantes para el cine como Kurosawa o Tarkovski.

Más allá del documental

La historia que se “cuenta” en Sans Soleil no es más que la narración vía imágenes y a través también de la palabra de unas cartas de viaje. Un supuesto cámara ha viajado a través del mundo y ha enviado sus impresiones y reflexiones a otra persona, la cual nos lee dichas cartas mientras vemos imágenes que ilustran lo que se cuenta.

Algo que parece muy fácil de contar y entender mediante una pobre sinopsis se convierte en todo un recital de imágenes, que llega a sobrecoger al espectador en su asiento y que puede llegar también a resultar demasiado dura o de difícil acceso. Las localizaciones se centran en las ciudades de Tokio, San Francisco o París, pero pasando también por países como Islandia o Guinea-Bissau. La estructura narrativa es totalmente caótica, saltando de sitio a sitio y de tema a tema sin preocupaciones. Esto puede ser una de las aristas de la película para muchos, la miscelánea de imágenes es tal que complica su seguimiento, a veces pueden saturar al espectador. Lo cual nos lleva a una especie de cine contemplativo aderezado de reflexiones sonoras sobre lo que vemos.

El film no puede ser catalogado como un documental al uso, pues la excusa de las cartas escritas parece pertenecer al mundo de la ficción, como forma de justificar a su modo lo que estamos visionando. Más que un documental es un ensayo cinematográfico. La forma de presentarnos unas imágenes, de alguna forma arbitrarias en el sentido de que es sólo gente real haciendo sus vidas normales, acompañadas de una voz la cual reflexiona sobre ellas es cuanto menos un experimento complejo. En cuanto a lo visual, podemos recordar en un primer momento lo que los hermanos Lumière realizaron al comienzo de la gestación del cine: films a modo de postales de viaje. Se plantaba la cámara en diversas ciudades y se dejaba la vida fluir. Chris Marker hace lo mismo en su película con la suma de una genial pista de audio. Las deliberaciones sobre lo que vemos se nos hacen de alguna manera propias, nos reconfortan y nos dan algo de respiro. Quizá por ese mismo motivo a veces uno no puede contener sus propios pensamientos ni sumergirse en ellos durante el visionado.

Y puede que esa sea la magia de un film de estas características. Es una obra que invita a la reflexión pausada y personal, a través de la memoria y las divagaciones de

alguien externo. Una película compleja, no apta para aquel espectador ávido de historias bien definidas y masticadas, con una estructura narrativa tradicional y con un contenido plena y explícitamente expuesto. Sin embargo, totalmente recomendable para aquellos que disfruten del cine contemplativo, que nos invita a cavilar. Tal vez algo muy cercano a la visión de Sans Soleil sea disfrutar de una buena tarde sentados en un banco de cualquier parque, o paseando sin rumbo establecido, sumidos en nuestros pensamientos y disfrutando del discurrir sin más del momento, y en definitiva, de la vida.

RAFAEL SÁNCHEZ REAL